

de sí propia, lo más cercana posible á la altura aquella á que *aspira* llegar y no llega jamás, porque si dejara de *aspirar* dejaría de ser vida. Mirase allí con los ojos fijos en el espacio y los torna á cerrar con pena profundísima, al considerarse tan lejos á un tiempo del suelo y del cielo, tan reducido á poco su algo individual, tan escaso de ser, de poder, de disfrutar y de conocer, como agobiado por el no ser, la impotencia, el dolor y la ignorancia. Con los ojos cerrados soñaba y tornará á soñar grandezas luminosas; con los ojos abiertos se le aparecen relativas, y relativamente oscuras, pequeñeces.

Poco le queda; pero al fin es algo, y, enténdalo bien: ese algo basta para proporcionar al hombre tanto que le satisfaga; si tiene la fortuna y el valor suficiente para conformarse con ello y cultivarlo y explotarlo, en cuanto puede ser cultivado y explotado.

Algoritmo, del árabe *al-gobar*, aritmético, y del griego *arimos*, número. — Símbolo del número en general y número en particular. Tiene dos aspectos: uno ideal como ciencia y otro como realidad numérica, pensada, hablada y escrita.

En su calidad de algoritmo determinado, escrito, hablado y hasta pensado, es lo realizable que *simboliza* lo irrealizable: la unidad absoluta, que sería inconcebible sin la multiplicidad correspondiente.

No hay en la naturaleza inorgánica un sér *uno* que desde otro punto de vista no sea también *múltiple*, al menos no sea prácticamente divisible. Así se comprueba en ella exteriormente, que no hay síntesis sin análisis correlativa, como exige el pensamiento.

Las síntesis analizables (cuerpos)

de la naturaleza inorgánica se distinguen de las orgánicas en que una vez producidas *pueden ser* destruidas y viceversa; pero no suponen *reproducción*, ó sea *generación*, en el momento de destruirse después de producidas. Suponen solamente lo particular, que se significa por su producción y destrucción.

Únicamente para vivir se necesita lo general, que el algoritmo positivo simboliza á su manera. De aquí la generación de especies y de individuos (seres vivos).

Con estas salvedades el algoritmo es objeto de la ciencia radical que se llama aritmética.

La aritmética se relaciona con todas las ramas primitivas de la relación en general, y sus números condicionan las diversas funciones de la vida.

Uno, figura como tesis de una función primera: *dos*, dan tesis y antítesis; *tres*, síntesis positiva, y del *cuatro* en adelante se reproducen las síntesis siempre positivas ó particulares, mientras no se sale de la aritmética.

Alianza, del latín *ad*, cerca, y *ligare*, ligar. — Relación que identifica dos extremos sin borrar su distinción. Aunque esto ha de suceder tácita ó expresamente en toda relación, al decir alianza se dice expresamente. Lo mismo significan las palabras liga, confederación, conspiración y coalición, pero con diferencias en el modo.

La liga es más íntima y supone resolución de obrar de acuerdo para fines diversos. La confederación es un modo establecido de *funciones en general*; la coalición se hace para un determinado objeto, y la conspiración es la iniciación misma del objeto de la coalición.

La vida es una alianza entre lo determinado y lo indeterminado, una liga entre el organismo y el coeficiente indefinido para contrarrestar cuanto se oponga á su ulterior reproducción, una coalición de generaciones intermedias, y una conspiración permanente para realizar lo ideal.

Aliciente, del latín *in*, en, y *lacere*, tender lazo. — Fenómeno ideal que figura en el pensamiento como bien posible en condiciones determinadas.

Tales alicientes, como fenómenos que son, deben subordinarse á la ley correlativa del bien en general. Dejarse mover por ellos es propio del sentimiento animal.

Éste, sin embargo, no siempre obedece á los alicientes en la determinación de sus actos. Por natural instinto, ó sin saber por qué, hace á menudo el individuo sensible el bien en general, desatendiendo al particular.

Aliento. — El pensamiento no respira como el pulmón de un animal; pero esta función de respirar el pulmón es *realmente* lo que es *idealmente* aspirar á lo indefinido y realizarlo.

El pulmón aspira á tragarse toda la atmósfera, y á la verdad no lo puede conseguir; sólo puede conseguirlo en parte, y aun si esta parte es excesiva, tanto peor para él, estallará, malográndose su intento.

Cuando no es excesiva, pero sí grande dentro de límites normales, hay grandes alientos. Así la fuerza que se emplea en realizar ideales razonables es tan prudente y oportuna, cuanto imprudente y funesta la que se encamine á la ejecución de planes irrealizables.

Cuando lo irrealizable no lo es en absoluto, sino por las dificultades que ofrece, vencidas las cuales ha de re-

sultar un gran bien, el aliento empleado en llegar al fin es un privilegio otorgado á los héroes del progreso humano.

Alimento, del griego *althein*, hacer crecer. — No basta el aliento para vivir: se necesita además el alimento, que puede llamarse el dios de la función vegetativa, el dios del gloton (*al-thein*).

El alimento para el sér vegetativo es el sólido y el líquido, que participan de la función nutritiva, como el aire participa de la función respiratoria.

El alimento para el sér sensitivo é inteligente es el acto de sensación externa ó interna (de fenómeno ó de ley), que participa de las funciones sensitiva ó intelectual.

Esta participación de elementos en una función común hace que la función misma aparezca bajo dos aspectos: en cuanto se refiere á la exterioridad, movimiento, circulación: en cuanto se refiere á la interioridad, cambio cualitativo, nutrición.

Alimentan al espíritu la contemplación de la Naturaleza, el trato social, el estudio y la meditación, y todos estos medios suponen circulación, movimiento de dentro á fuera y de fuera á dentro, y cambio en el organismo sensible é inteligente; digestión sensitiva y racional, asimilación de lo que conviene, desasimilación de cuanto daña á la conservación y perfeccionamiento de la función común.

El cuerpo alimentado con exterioridades, con fenómenos, vive en el espacio exterior. El espíritu alimentado con interioridades, con leyes, ó sea con generalidades, con ideas, vive en el espacio ideal, imaginario, inaccesible al tacto, mas por lo mismo subli-

mado á una altura superior á todo lo tangible.

Aliviar, del latín *al* por *ad*, tendencia, y *levis*, leve.—Hacer algo más leve.

La gravedad es propia de los cuerpos terrestres, y, sin embargo, se considera como un beneficio en muchos casos el disminuirla, *hacerla más leve*.

Se dice de los males cuando son mayores que son más graves, y no se aplica á los bienes la misma calificación.

Es que instintivamente se da á la definición de lo indefinido la importancia que tiene enfrente de la definición de lo definido.

La gravedad del hecho cuando se opone á la reconstitución del derecho en el porvenir, es lo que aumenta el mal.

Por eso es un beneficio todo lo que la alivia (circunstancias atenuantes).

Alivio.—Lo que agrava en la vida es siempre lo que lleva hacia el centro de la tierra; lo que alivia es lo que eleva la esperanza hacia el Cielo.

En el Cielo radica todo alivio humano: en el Cielo poblado de esas constelaciones que se llaman ideales.

Allá, del latín *illa*.—Allá se relaciona con *acá*, con *aquí* y con *allí*; allá y allí con *acá* y *aquí*.

Aquí y allí se dice generalmente hablando de cosas determinadas; acá y allá se dice más bien en sentido indeterminado.

Allá lejos, donde reina el silencio del sepulcro, se alzan las sombras de los muertos, aspirando á la eterna luz. Allá en el fondo del pensamiento donde, naufrago el *sér*, se pierde en el vacío, soplan oportunamente los vientos de la vida y le resucitan en paz y bienandanza.

Aquí hay siempre dudas y vacilaciones: allí vislumbramos la luz de la fe que nos saca de dudas y presta firmeza á nuestro vacilante andar.

Allanar, ad-llano.—Se allanan las dificultades ideales como se allana un terreno quitándole escabrosidades.

Con todo, hay que desconfiar de quien pretenda allanar demasiado. Tenemos en la vida una trinchera formidable que nadie allanará: la de lo imposible en dos conceptos, por *máximo* y por *mínimo*. Díganlo las Matemáticas.

Allegar, ad-llegar.—Se allegan recursos para la vida, como se alegan razones para convencer. La vida del pensamiento depende principalmente de *alegatos*; la del cuerpo de recursos allegados.

Alma, del sanscrito *ane*, respirar, y del griego *anema*, soplo.—La *función general* de definirse lo indefinido é indefinirse lo definido, realizándose en particular en un *sér* viviente.

El alma es siempre *prácticamente* la función *genérica* (tesis, antítesis, síntesis y análisis), considerada aparte de la corporeidad física con que particularmente se relaciona.

Teóricamente se la puede significar por un símbolo fonético, y por tantos conceptos como sean los que representen cualquiera de los aspectos de la función supuesta en momentánea fijeza.

Fijándose el concepto del alma en el punto de vista definido, aparece como objeto exterior; fijándose en el punto de vista ideal ó indefinido, aparece como objeto interior. Ambos casos se han traducido como *sustancias*, haciendo así un *símbolo* de la función, y reemplazando la función por el símbolo.

Fijándose en la reciprocidad de lo

exterior y lo interior, aparece el alma como *relación*.

No fijándose en parte alguna sino en la función común, y realizándola de todos los modos posibles, constituye, como hemos dicho, la generación y la vida, considerados desde el punto de vista de la *actividad espontánea* y de la pasividad correlativa.

Se conciben, pues, tantas almas cuantos son los modos de concebir la función común. Pero todo *modo de ser concebida* el alma, es improcedente cuando se trata de reemplazar con él el *ser sin modos*, al no ser, que condiciona, aunque nunca absorba, á todo *sér*.

Ni un *elemento teórico* de la vida ni todos reunidos, dan el concepto del alma. El alma es el *lado práctico del concepto de la vida*.

Se ha analizado muy bien la diversidad de los significados por las palabras alma, ánimo, mente y espíritu: lo que falta es organizar un todo con estos distintos elementos; porque es evidente que si de muchos modos se distinguen, de algún modo también se identifican bien ó mal, puesto que se entienden como *sinónimas* las palabras que los expresan.

No serán *sinónimas* en absoluto; pero tampoco tan distintas como lo blanco de lo no blanco.

Todas ellas son ideas ó conceptos divergentes, pero partiendo de un centro común.

El todo es la función incomprensible en absoluto, comprensible dentro de límites, comprendidos también de alguna manera como tales límites.

El *tipo* del alma es el alma humana, el cual se concibe: 1.º, como función abstracta (indefinida é incomprensible por sí sola), en cuyo modo de aparecer se la llama *espíritu*; 2.º, como

función activa de realizar todo lo realizable, en cuyo caso la simboliza la palabra ánimo; 3.º, como función realizada por generalidades, por leyes de la conciencia, y entonces recibe el nombre de mente, de conciencia, de razón, de reflexión, etc.

En ningún caso deja de ser una realización, y menos la reemplazan ni una realidad metafísica, una sustancia pura, ni un puro accidente.

Ya lo pensó Aristóteles de este modo, al despojar al alma del carácter platónico ideal, para hacerla descender al de *forma* real; sólo que identificó demasiado la idea con la realidad, construyendo una ley tiránica, donde debiera haber imaginado la libre codificación de la ley.

Consultando sólo el uso común y no la filosofía, del lenguaje, se ha dicho:

El *alma* mueve, el *ánimo* alienta, la *mente* medita, el espíritu reflexiona.

El *alma* nos pone en relación con el cuerpo, el *ánimo* con la voluntad, la *mente* con la inteligencia, el *espíritu* con Dios.

El *alma* es activa, el *ánimo* moral, la *mente* intelectual, el *espíritu* teológico.

Afortunadamente coinciden muy bien estas apreciaciones, que pueden llamarse empíricas, con las que se desprenden de la teoría de la ciencia viviente.

Por de pronto, las tres formas de distinguir los *sinónimos* de que se trata, corresponden exactamente á los tres modos de la función de vivir: como *sér absoluto* (sustancia), como *relación* y como *función*.

Se habla de los términos distinguidos entre sí en absoluto, llamándolos *sustancias*, cuando se dice que *son* tal ó cual cosa.

Se los *considera* como relaciones cuando se los *relaciona* como términos distintos (teoría), y se los *trata* como funciones cuando se los distingue por lo que hacen (práctica).

Fuera de estas salvedades, es positivo que las distinciones halladas en la experiencia (empíricas) vienen a ser las mismas que proceden de la teoría viviente; pero hay diferencias y no puede menos de haberlas; pues sería un milagro que la experiencia indocta hubiera venido a coincidir totalmente con las determinaciones autonómicas formuladas en generalidades, obtenidas mediante una crítica imparcial y laboriosamente ejercitada.

En resumen, alma en general es, como queda dicho, la función de vivir, concebida en general y en sus relaciones con todos los modos y formas de vivir en particular.

El modo particular de vivir el pensamiento es el tipo de las almas en particular, tipo predestinado a serle imposible concebir un *alma universal*, independiente de la particularidad correlativa.

Imitan el tipo del pensamiento el alma animal y el alma vegetativa.

Niegan el tipo del pensamiento, como polos absolutos del mismo, el mundo objetivo, simplemente pensado, y el mundo subjetivo, simplemente sentido.

Se afirman dentro del pensamiento todos los modos, y formas subjetivas imaginables, en correlación con los modos y formas de la realidad exterior accesible a los sentidos.

Los polos que niegan el tipo del pensamiento, imposibles en absoluto, son necesarios en *relación* con el alma, localizada en cada sér viviente en particular; y mediante esta necesidad, se conserva incólume desde su

punto de vista propio, en todos los casos y circunstancias de su vida, la función típica del pensamiento.

Almagesto.—Nombre dado por los árabes al *megiste biblos* de Tolomeo.

Fué este filósofo inferior en teoría astronómica a muchos de sus antecesores; pero prácticamente enriqueció las ciencias con datos muy importantes.

Tan importantes eran entonces, como lo son siempre los hechos consignados frente de las teorías; que en la época de Tolomeo, y hasta que se reemplazó con otra mejor su teoría de los movimientos del Sol y de la Tierra; se llegó a suponer *hipotéticamente*, y para comodidad de los cálculos, que podrían hacerse éstos como si la Tierra circulara alrededor del Sol; porque *así se explicaban mejor los fenómenos observados*.

De aquí al cambio completo de teoría sólo mediaba un paso.

Almo, del latín *almus*, hermoso, feliz, puro.—Por más que se admita para esta palabra distinta etimología que para el alma, el significado de ésta tiene algunos puntos de contacto con el de la primera. Se dice almo lo que crea y alimenta, palabras análogas a lo que cría y hace vivir, y verdaderamente el alma no es otra cosa que la función creadora y vivificadora del cuerpo.

Alojado, del latín *ad*, y *locus*, lugar.—El que ocupa un lugar dentro de otro lugar.

El pensamiento está alojado en el cuerpo humano, ¿quién lo duda? Pero es un alojado libre para desalojar cuando le plazca.

Los que no desalojan una habitación son los muebles, si alguna causa exterior no los desaloja.

El sér que vive no es simplemente mueble, es *semoviente*.

Es cierto que el vegetal no se mueve andando por la tierra; pero es semoviente dentro de sí mismo, es causa de sí propio, *además* de causado exteriormente.

Alotropia, del griego *allos*, otro, y *tropos*, girar.—Llámase así en Química la condición que permite a un cuerpo elemental y no diferenciado en su unidad íntima específica, aparecer, sin embargo, con diversas formas externas.

No es raro en los cuerpos compuestos de unos mismos elementos químicos aparecer, sin embargo, con formas exteriores muy distintas; ¿por qué no habían de aparecer también formas distintas de un solo cuerpo elemental?

Por de pronto, los estados sólido, líquido ó gaseoso, por ejemplo, son ya formas distintas de los cuerpos simples, que hacen presentir la posibilidad de formas distintas, aun dentro de un mismo grado de condensación.

El carácter de conservar su forma pertenece al cuerpo inorgánico relativamente al orgánico, al que pertenece más bien la *continua variación*. Por eso los cuerpos simples obedecen a la ley general de la *uniformidad*. Con todo, la ley admite excepciones, y aun las exige siempre, al menos como posibles.

Los cuerpos simples simbolizan en el mundo orgánico las generalidades del pensamiento. Son los que determinan en su contacto mutuo las funciones de combinación y transformación químicas.

No necesitan ser en número definido como las generalidades del pensamiento; pero siempre han de ser

en número menor que sus combinaciones posibles.

La creación absoluta de individuos específicos inorgánicos elementales (cuerpos simples), es tan difícil de concebir y tan rebelde a la práctica como la de seres vivientes y como la Creación universal. Es contemporánea con el pensamiento, con la conciencia, en él suscitada, de su propia generación. Se siente exteriormente lo engendrado, lo que como tal se conserva en lo presente. Se siente interiormente algo que en teoría aparece no engendrado, pero que la práctica hace sentir como generador coetáneo con lo engendrado. No se pida más al pensamiento viviente, porque no lo dará de sí.

Principio y fin él los tiene relativamente; pero dentro de una negación obstinada de principio y de fin absolutos, que se simboliza: 1.º, exteriormente, por el sistema celeste corpóreo, sistema astronómico sin principio ni fin, y 2.º, interiormente, por un ideal indefinido, incorpóreo (sin principio ni fin). Ambos absolutos no pueden menos de resultar imposibles, aquí donde todo tiene en lo relativo su razón de ser.

Renunciemos, pues, a saber algo más sobre la *esencia* y procedencia de los cuerpos químicos en cuanto simples, por más que cada cual imagine lo que quiera, en uso más ó menos legítimo de su libertad de imaginar.

Aun prescindiendo de orígenes absolutos, y limitándonos a lo relativo, es lo cierto que los cuerpos físicos dejarían de ser objetos de estudio para la Química, desde el momento en que todos se redujeran a modos de cantidad sin diferencia alguna cualitativa. ¿Sería esto posible? Estúdielo quien quiera; pero vea, antes si puede

hallar una solución, puesto que la inexistencia de la cualidad argüiría, además de la inexistencia del orden químico, la de los seres vivos, la de la inteligencia, la de todo, en fin.

Así, pues, en la necesidad de cuerpos simples, que son las especies químicas, correlativas con las especies vivientes, la cuestión se reduce á investigar: ¿por qué una especie química, sin dejar de ser la misma, difiere cualitativamente en dos concretos corpóreos?

No se haría la misma pregunta si se tratara de seres vivientes; pues entre éstos, por el contrario, no deja de tener cada individuo de una misma especie algo que le distinga; pero se hace en el reino inorgánico, porque en éste es accidental y fuera de ley correlativa, lo que en el viviente es general y dentro de la función legal que le corresponde.

La alotropia, así como la isomeria, se aplican como excepciones, que, por el contrario, son la regla en el estadio de la vida.

No se puede *vivir* sin el cambio continuo: no se puede *ser* (simplemente y no vivo) sin la continuidad de permanencia en el espacio.

El que vive permanece también en el espacio; pero su permanencia específica es en el tiempo, cambiando siempre de modo particular sin perder la unidad específica en general.

La química simboliza exteriormente lo que la vida ejercita interiormente: consigna á su modo una sola especie con dos ó más formas distintas. La vida realiza este símbolo externo mediante su práctica interna.

Así como el cuerpo simple es un símbolo de la ley concebida en el pensamiento, la alotropia puede considerarse como símbolo inorgánico

de la unidad en la diversidad del sujeto viviente.

No es extraño que no abunden en el reino inorgánico símbolos de esta índole, puesto que en él son excepcionales, al paso que son la regla en el estadio viviente.

La fórmula común á ambos estadios, inorgánico y viviente, es: el uno, sin dejar de ser uno específicamente, se diferencia en dos ó más; y diferenciado en dos ó más no deja de ser uno específicamente.

Alquilar (voz derivada del árabe). Pagar ó contratar temporalmente un alojamiento.

Bien puede decirse que el alma contrata temporalmente su alojamiento en el cuerpo.

Su preocupación, cuando piense en ello, es dónde se alojará cuando termine el contrato de su alojamiento en el cuerpo.

Alquimia, del árabe *al-kuimía*, y del griego *chimía*.—Química excesivamente científica, entregada en gran parte á adivinaciones ó leyes convencionales, ideas no concordadas con la experimentación.

Parecía que la química moderna iba á purgar la ciencia de los ídolos de la alquimia, y, sin embargo, no ha dejado de forjar sus ídolos, que vendría desterrar como se han desterrado los antiguos.

La alquimia fué una química concentrada especialmente en el afán de convertir en oro otros metales.

¿Qué se hubiera logrado convirtiendo en oro todos los metales? Que el metal tipo perdiera su valor y que los demás metales conservaran sólo un valor común, que privara á cada uno de ellos de su valor propio para usos determinados.

Ha de haber cuerpos simples en la

Naturaleza, sea cualquiera su número; porque no se concibe el cambio de estado sin concebir la permanencia de algún estado. Así lo *manda* el pensamiento viviente, y así lo cumplen á su modo los hechos físicos y químicos.

Altanería, de *alto*.—Determinación de considerar y de tratar á los demás como inferiores en calidad.

Sienta mal la altanería entre individuos que, pesados en la balanza del orden universal, apenas diferirían en el peso de un cabello.

Altar, de *alto* y de *ara*.—El sitio reservado al símbolo y al culto de las creencias, y de los sentimientos de más estima. El hombre honrado adora la ley moral en el altar de su pensamiento.

Alteración, del latín *alter*, otro. La función de hacerse una cosa otra que sí misma en un sentido, sin dejar de ser ella misma en otro sentido.

La alteración supone subsistencia é insubsistencia de aquello que se altera: es un término medio conciliador de ambos extremos.

Como término medio, cuadra especialmente á la *función genérica*, á la vida.

La vida es un aalteración, reproducida entre dos polos supuestos en permanencia.

También se alteran las funciones inorgánicas, pero accidental y no necesariamente.

Alteración es la síntesis y la análisis prácticas del mismo y del otro, que Platón refundía en una síntesis teórica.

Es en la práctica lo que relación en teoría; identificación y distinción, síntesis y análisis.

Lo que hay que estudiar en la alteración prácticamente considerada es la *causa*.

La causa, ó por mejor decir, *las causas* de la alteración, considerada como término medio, son precisamente los extremos, que la limitan teóricamente, y la *hacen* prácticamente, convirtiéndose el uno (el indefinido) en relativamente activo, y el otro (el definido) en relativamente pasivo.

La necesidad del *otro* apremia el pensamiento en cuanto exclama: ¡yo!

Descartes hubo de sentirlo; pero al reflexionarlo no quiso salir del *yo*; y el otro que formuló fué su propio pensamiento, calificándole de *existente* y aun de existente con un privilegio exclusivo ó absoluto.

Mas los privilegios exclusivos ó absolutos se dan por quien puede darlos, para ejercitar funciones determinadas. Para ejercitar la función suprema de vivir, nadie puede dar privilegios, sino Dios.

Y no pudiendo ser Dios ninguno de los hombres que vivimos aquí abajo, Descartes no pudo dar á los pensamientos humanos el privilegio que ellos tenían *sin saber de quién*, aunque lo adivinaran nombrando á Dios.

He aquí, pues, una función que *altera* el pensamiento en grado sumo, sin perjuicio de que pueda descender, desde la altura de este tipo, hasta las alteraciones exteriores físicas, químicas y eléctricas, á todas juntas y á cada una en particular.

Relacionar bien las alteraciones de las cosas es llegar hasta el conocimiento posible de las determinaciones del orden genérico y de las causas que presiden á su realización en todos sentidos.

Alternativa, del latín *alter*, otro, y *nos*, nosotros.—Llámase principio de alternativa aquel en que se

supone la necesidad de optar entre tesis mutuamente incompatibles. Pero las tesis *en absoluto* no lo son jamás *en relación*, y de aquí la doctrina de los términos medios.

Alusivo, del latín *ad*, cerca, y *ludere*, ludir. — Relación indicada entre dos cosas, sin afirmarla con insistencia, ni consignarla en sus particulares condiciones y circunstancias. La idea, la ley, alude en general á negación de todo lo determinado en particular como fenómeno.

Alto, del latín *altum*, supino, de *alere*, alimentar. — Término de relación que cuantifica las dimensiones en el sentido desde la tierra al cielo.

El altísimo, aquel alto que está siempre por encima de lo más alto, que puede asignarse experimentalmente, es en lo humano el pensamiento. Con él nos elevamos desde la altura que alcanzan realmente nuestros sentidos á otra altura ideal, que no se satisface jamás con las realidades obtenidas.

En esta altura ideal se enciende el pensamiento como una llama que nos ha acompañado oculta en las opacidades de lo real, y cuya luz se esparce entonces, alumbrándose con ella al propio sujeto que la difundió.

Desde este momento, no sólo nos acompaña durante el resto de la vida, sino que nos *precede* constantemente en nuestras futuras investigaciones.

Larvada ó manifiesta la luz del pensamiento que se enciende en las alturas, es la *primera* necesidad de la vida humana, el foco de toda actividad que transigiendo con la pasividad origina el código funcional del Universo.

Altos están el Sol y las estrellas, focos de luz que se pierden en la sombra.

La luz en general es activa y la sombra pasiva. En particular pueden ser activas las sombras contra luces particulares.

Entre sombras y luces particulares, caben transacciones, particulares también, que realizan la transacción genérica.

Altruismo, de *alter*, otro. — Palabra del diccionario positivista, que corresponde á la oposición del *mismo* y del *otro*, consignada por Platón.

De la simple consideración del mismo y del otro jamás se sacará fruto alguno utilizable, si no se la sustituye por el concepto general de relación, que comprende la identificación (mismo) y la distinción (otro).

Con la relación queda establecida la teoría científica de la vida; pero la teoría es letra muerta sin la práctica, que convierte el ser en hacer y la relación en *generación*.

La generación á su vez sólo se comprende como función de leyes y fenómenos, considerándola entre polos extremos, constituidos en un lado por todas las relaciones dadas y posibles, y en otro lado por el cero de relación.

El altruismo de los positivistas no es caridad cristiana, no es siquiera reconocer el *derecho* ajeno: es conformarse con el *hecho* ajeno por la *necesidad* que nos impone, y sin suponer correlativamente la *ley moral*, que sólo aparece en el pensamiento como forma de su propia vida.

Altruismo y caridad. — El principio del otro en contraposición al mismo es admisible sólo en teoría pura y estadiza.

En la práctica, el sentimiento se asocia á la teoría y da al altruismo teórico la forma de sentimiento caritativo, al tratarse de la relación entre

seres humanos (amar al prójimo como á sí mismo).

Al concepto de este sentimiento no puede sustituir el factor teórico *altruismo*.

Al egoísmo que sólo engendra amores egoístas, sólo cabe en buena lógica contraponer cada individuo un amor encaminado al bien genérico, del cual tienen derecho á participar en grados y modos diferentes las legiones de seres vivos que pueblan el Universo.

Alucinación, del latín *ad*, cerca, y *lucere*, lucir. — Privación de la luz competente para ver las cosas como se deben ver.

Caben alucinaciones de los sentidos y de la inteligencia. Las primeras se rectifican por la segunda. Las de la inteligencia no se rectifican con igual facilidad, porque ella las sufre pasivamente, sin darse cuenta de que acepta simulacros externos de imágenes forjadas en la fantasía.

Una inteligencia débil puede someterse á admitir como realidades las cosas transmitidas del exterior por órganos deficientes en su vida vegetativa. Pero en este caso merecen las alucinaciones más bien el nombre de ilusiones.

Las alucinaciones propiamente dichas son las que se forjan en la inteligencia tomando, para el que las sufre, forma exterior las imágenes interiores, nebulosidades destinadas á desvanecerse en las alturas.

Pueden tenerse ilusiones sin que esté enferma la razón, pero no alucinaciones.

Sin embargo, si la enfermedad de la alucinación recae sólo en cosas santas y transigentes con la moral y la ciencia humana, carecen de los inconvenientes que tendrían si afecta-

ran en mal sentido al orden normal de los sucesos en el mundo.

Ilusorias son también simplemente las esperanzas, cuando se las conciben más por fe que por fundamento en la realidad. Tales ilusiones nada tienen de extraño, y abundan mucho en la vida práctica. Hasta son beneficiosas, cuando no degeneran en un optimismo exagerado; porque revelan un espíritu poderoso y capaz de resistir las contrariedades que se le opongan.

Ilusión exagerada es, por ejemplo, la de esperar que tengan las estrellas, ú otro factor heteronómico, intervención benévola astronómica en los destinos humanos. No lo es de igual modo la que otorga conscientemente á lo desconocido la confianza que no cabe en los límites de lo conocido.

Alumbrar, *a* por *ad*, *lumbrar*, dar luz, iluminar. — Se dice que la luz alumbrá; pero en rigor la lumbre es la que hace la luz.

La luz es la teoría: la lumbre es la práctica que hace la misma luz.

No se concibe lumbre sin luz, ni luz sin lumbre. Tampoco se concibe sentimiento sin reflexión, ni reflexión sin sentimiento.

La luz sin lumbre es un fuego fatuo: la teoría sin práctica es vana teoría.

La fosforescencia es debida siempre á una combustión interior, que es un fuego invisible.

También hay un fuego invisible en los sistemas filosóficos, planteados exclusivamente sobre la base de una lógica inmóvil y contradictoria desde su origen con la actividad que la dictó.

Alumbrar idealmente. — Hay luz ideal como hay luz real.

En el comercio humano los hom-

bres se dan luces unos á otros; pero la dan como el eslabón á la piedra con que choca. Si la piedra no da lumbré á su vez, en vano funciona el eslabón.

La luz del pensamiento se enciende á sí propia, chocando el espíritu con el canto colosal del Universo físico-químico, astronómico y molecular. Tal es la Creación, de la imperfecta manera que la concibe el pensamiento, confesando francamente que tiene para él un factor inconcebible.

La luz es un foco donde la sombra se disuelve, pero ¿por qué no ha de ser modesta, y reconocer francamente la oscuridad que la circunda? ¿Qué sería ella misma sin esa oscuridad?

Oscuros son relativamente cuantos objetos detienen las corrientes luminosas, haciendo visible la misma luz.

¡Luz, más luz!, exclamaba un gran poeta pocos momentos antes de morir. Su afán debía ser pronto satisfecho. Volaba al seno de la *luz increada*, de la que viven sedientas las inteligencias humanas. Para nosotros, pobres mortales, caería su sombra terrestre en el acervo común de todas las sombras.

Alumbrar no es lo mismo que iluminar. Cuando se habla de la luz de la inteligencia se suele entender más bien una iluminación que un alumbramiento, con cuya última voz se ha designado preferentemente el nacimiento de un sér.

Es que, efectivamente, la palabra alumbrar simboliza la función propia de dar luz, é iluminar se reserva para la luz una vez dada.

En el estadio real, el Sol alumbró la Tierra y la luz ilumina un espacio determinado.

En el estadio ideal, lo genérico es

objetivo y se alumbró á sí propio. Es un *alumbramiento* ideal, que *realiza* la idea en el seno del pensamiento.

Alumno, del latín *alire*, alimentar, y *mens*, entendimiento.—El que es alimentado en el orden intelectual.

Alumnos hay á quienes se indigesta el alimento; otros le digieren é incorporan con su sangre, y los menos hacen con él una sangre nueva, original, más rica y vivificante que la de la mayoría de los demás.

En los primeros no hace más que *circular* el alimento, que cada día se toma y apenas se digiere.

Los segundos se nutren intelectualmente.

Los terceros respiran, inventan y acaban por añadir algo importante para la historia de la ciencia aprendida.

El maestro que alimenta á estos alumnos puede ser otro hombre, y pueden serlo los libros, el trato social y la Naturaleza entera, grandes maestros, sobre todo, cuando los utiliza un *ingenio fecundo*.

Alzar, forma de *alto*.—Procede alzar el bien sobre todas las cosas. Así se alza en el altar la hostia consagrada.

Amable, de *amar*.—Entre las cosas amables, la más amable es la vida; quien no ama la vida es que no ama cosa alguna.

Pues si tanto se ama la vida, estudiémosla un poco en el pensamiento, y ella nos lo agradecerá mostrándolo con importantes beneficios.

Amalgamar, del árabe *djama*, reunir.—Identificar físicamente *dos* cuerpos metálicos en un tercero. Operación que recae en cuerpos inertes y no puede practicarse entre unidades individuales, como son las de los seres vivos. Tampoco se concibe una amal-

gama de ideas, como no consista en viciosa refundición de relaciones en una pretendida sustancia.

Amafanio.—Sectario de Epicuro que, á pesar de ser filósofo á su modo, logró permanecer en Roma cuando fueron expulsados de ella los filósofos de mayor cuantía, por no correr el riesgo de *perder la brújula en la investigación de la verdad*, según dijo Catón el censor, al usar de la autoridad que le daba su cargo.

Amafanio y Rabirio daban al menos la categoría de verdadera á alguna cosa, al placer; y otros, como Cicerón, la dieron también á otras cosas de orden más elevado. De esta suerte, no extremando demasiado la anarquía de las opiniones, se conservó en Roma la filosofía práctica necesaria para encaminar ordenadamente los acontecimientos, y sostener por largo tiempo el organismo social, aunque amenazado siempre de graves conflictos en el porvenir.

Amañar, de *maña*.—Arte para cosas menudas, inspirado por el sentido común.

Dicen que vale más que la fuerza. Hasta en cosas menudas se ve el predominio y la mayor valía del espíritu, en su rivalidad con lo que llamamos Naturaleza.

Amargo, del latín *amarus*.—Lo de sabor contrario al dulce.

Lo dulce al paladar es á propósito para aumentar la pasividad, así como lo amargo para aumentar la actividad.

No de otra manera las adversidades reaniman el espíritu dormido, y le impelen á menudo hacia fecundos derroteros.

Las dulzuras de Padua convirtieron en perniciosa pasividad la actividad de Aníbal. Las amarguras corre-

lativas influyeron poderosamente en la reacción romana.

Ambage, del latín *ambo*, dos, y *agere*, obrar.—Usar ambages es proceder con dos criterios desunidos sin centro legítimo que los enlace.

Ya el prefijo *ambo* supone dualidad persistente y no reducida á unidad correlativa.

El que habla ó piensa con ambages, embrolla los conceptos, se desdice, y no se da bien á entender.

El eclecticismo es el que suele hablar filosóficamente con ambages, más ó menos perniciosos para la claridad de las frases que pronuncia.

De toda suerte de ambages no se puede librar nadie que hable; y esto es lo que ha de tener en cuenta quien escucha para relacionar, identificando lo que el análisis hace dos, y haciendo dos de lo que la síntesis quisiera hacer unidad definitiva ó absoluta.

Ambición, del latín *ambo*, dos, *ire*, ir.—Función de ir y venir de uno á otro sin cesar y sin saciarse jamás.

Tendencia pasional que tiene por objeto la posesión de honores y grandezas.

Después de todo, es pequeñez de pensamiento; porque éste ha de ser bastante espacioso para sentirse satisfecho y altamente honrado con su propia grandeza.

Entre la ambición y la avaricia figuran la mayoría de las pequeñeces humanas.

¿Será lo más acertado renunciar *en absoluto* al honor y la economía, necesarios para vivir noblemente y sustentarse honradamente en la tierra que habitamos?

Tampoco; porque no hay virtud, sino vicio en los extremos.